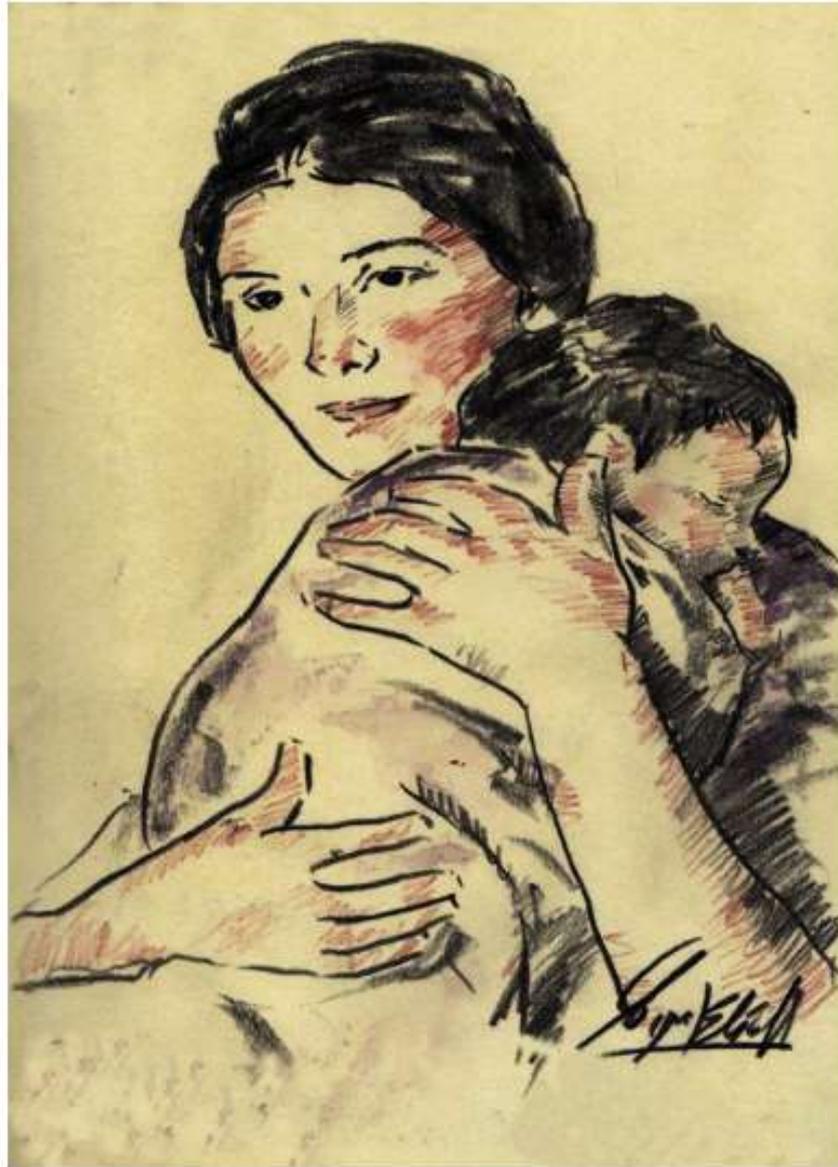


ELENA DÍAZ SANTANA



Nunca me fui de tu regazo



Diputación
de Salamanca

LA AUSENCIA Y SUS DESTELLOS

El poemario *Nunca me fui de tu regazo*, de la escritora Elena Díaz Santana se inicia, en su primera parte, la que da título a todo el libro, como lo hacen las grandes obras, con un destello y una invocación poderosa: “Madre”. Apenas cinco versos que son el verdadero mascarón de proa del poemario. Como si la mera nominación pudiera convocar la vida y volver a traer al ser amado de ese lugar prolongado que llamamos eufemísticamente noche eterna.

La maternidad aludida en este poemario se refiere, sin embargo, más allá de la pura biología, a una cualidad esencial de lo humano, por lo que abarca formas diferentes en su expresión. De este modo, si la primera parte del libro está dedicada a la madre real, la segunda, titulada “Tu presencia en mi alma” está ofrecida “A mamá Ulla, mi segunda madre”, tía de la poeta, que proyectó en su vida igualmente esta vivencia. Madre es, por tanto, quien nos da la vida, pero también quien la retiene en su cobijo alentada por el amor, nos señala la autora.

El poemario está constituido a modo de triángulo en el cual, como funambulistas, los sentimientos de la voz poética caminan por sus lados entre la espera inevitable de la ausencia, la llegada de esta y el convivir posterior con esa misma separación presente de otro modo. Aunque el índice nos habla de frío y desolación (no en vano este poemario es hijo, aunque agradecido, del dolor), sumergirse en las profundidades de sus versos nos ubica en un paraíso surgido entre luminosas variaciones del amor filial e imágines

cálidas de la aflicción con que la ausencia del ser querido calcina la página en blanco del corazón de la poeta.

En este sentido, todo el libro avanza anudado a la caricia. Así también lo hizo Borges en su *Poesía Completa*, dedicada a su madre, Leonor Acevedo, a quien reconocía no tanto la vida biológica como la sentimental: el regalo de los años, el del recuerdo, los patios, las mañanas, las claridades... y, sobre todo, la conversación que se mantiene en la escritura tras la muerte. “Aquí estamos hablando los dos”, escribe el porteño. “Siempre habrá palabras/ que te nombren”, añade Elena Díaz Santana en el poema “Nada permanece”, invocando esta conversación perenne, dirigida desde esta primera estancia verbal que ya es el título, a un tú amado siempre vivo.

El primer poema, al que ya nos hemos referido, es, por tanto, para Elena Díaz Santana la primera confesión, el inicio de todo: las manos de la madre que alimentan tiernas el fuego emocionalmente cansado de una vida. Para ello se construye la alegoría del latir como leña que arde reanimada por ese tacto maternal, en el que la cuerda de los días se ata para configurar la continuidad, que es mucho más que pura fisiología. Allí, en esos versos cinco versos que guardan en su interior, como en mandorla, el endecasílabo en torno al que se vertebra su poesía, está la infancia y, en ella, la niña Elena que corre para dejarse acariciar: “Tus manos,/ llenas de ternura/ avivan la llama de mi existencia/ y corro hacia ti/ para anudarme en ellas.”

La personificación de las manos en este poema inicial es, además, clave para entender la totalidad de *Nunca me fui de tu regazo*. Mediante un efecto metonímico las manos de la madre abrazan tiernamente a la poeta. De manera si-

métrica las de la poeta protagonizarán, desde la otra orilla, la misión de evitar la pérdida. Como el símbolo inconsciente de la ausencia que se ha producido y que aún duele, ha de designarse a la madre de otro modo, ha de llegarse a ella a través del recuerdo, la memoria y el afecto congelado de cada uno de sus gestos. La parte, así, por el todo, pura sinécdoque del amor cuando la metamorfosis del ser querido nos obliga a transformar nuestro modo de quererlo o de sentirlo. Los verbos de ese primer poema, siempre los verbos, delatan la realidad: la plenitud de la madre frente a la ansiedad de quien la ha perdido. Esta constante se reiterará, como estela de un eco en las páginas que siguen. “Soy ave/ buscando incansable/ el calor del nido”, leeremos poco después, cuando la metamorfosis luminosa, a la que luego me referiré, se esté ya produciendo.

Será en el segundo poema, “Tengo tu voz”, donde la autora –se verá más adelante– explicita la ausencia y la pérdida de lo que el lector ha adivinado en el poema inicial. Uno de los últimos poemas –“Caronte”– volverá sobre esa necesidad de asir, no sin cierta ansiedad aún, la vida que se va: “Pájaros antiguos revolotean/ cerca de tu figura,/ avanza ante ti la barca/ que ha de llevarte/ donde no te alcancen, mis manos”. Y no una, sino dos veces, quedan impotentemente vacías las manos de la hija doliente: “[] carga contigo/ arrancándote de los brazos/ que solo quieren/ acunar tu cuerpo”.

Desde esta perspectiva, quizás sea la metonimia el recurso que domina este poemario marcado por una ausencia y su reflejo en todo cuanto la evocación la recuerda. Así, tras las manos vendrán los dedos y los brazos, los ojos, la piel y el pelo, los hombros, el pecho y el regazo, una a una



todas las partes de su cuerpo desfilarán ante la evocación de Elena Díaz Santana, que intenta asirse de este modo a algo palpable, algo que mantenga “el alma huérfana/ atada por siempre” (“La hora que nos pertenece”) a esa presencia que ahora siente perder. Pero sobre todo las manos.

Seguramente por esa certidumbre, el poemario está lleno de alusiones a su afecto, y a su presencia, dejando la poeta caer su vida sobre ellas, como lo hiciera Gamoneda cuando escribió a su madre: “Y me arrodillo/ a respirar sobre tus manos”. Las revividas por Elena Díaz Santana en este libro son manos “llenas de ternura” en el citado poema “Madre”, y bajo cuyo roce el corazón se deja pulir en “Retorno a ti”. En “Débil espiga” son “alondras que arrullan”; que no pueden soltarse en el primer “Tu sola presencia”: “no será fácil soltar tus manos” se duele la poeta. Invocan el deseo de entibiarse en su calor en “Hacia el frío de la ausencia”, por ello suplica la escritora: “pon brasas en mis manos”. Manos hechas “para las caricias”, que se tornan “palomas blancas” en “Buscar tu cobijo”. En el segundo “Tu sola presencia”, también se dicen, hermosamente, como bendición dichosa: “sabes que he vuelto/ para coger tus manos./ Las retengo entre las mías/ y grabo en mi memoria/ su tacto y calor/ y lo almaceno.” Manos amorosas “antes de dormir”, manos “perdidas”, que han dejado las de la poeta: “de piedra”, “vacías”, “huecas”, impotentes al no alcanzar “la barca/ que ha de llevarte”. Pero que, avanzado el poemario, en “Que soy sin ti”, esas “manos anudadas que no querían soltarse,/ que se aferraban a la vida” se llenan de dones plácidos que rozan el milagro, bajo el amparo de la cita unamuniana: “Tu mano es mi destino”. Escribe Elena Díaz Santana de este modo: “La mañana estrenaba su luz recién nacida,/ yo llevaba en

las manos dones para ofrecerte:/ el canto de los pájaros,/ aire que oxígeno fuera/ y el aroma de las flores/ que iba encontrando por el camino.” Manos que devuelven, en definitiva, lo recibido en “Tus latidos”: “Has puesto en mis manos un tesoro”.

Perdidas para siempre las manos, se rescata la voz, y con ella, la palabra. Decía en una entrevista el director de cine Juan Carlos Rulfo, hijo de Juan Rulfo, que le costaba recordar la voz de su padre, sobre todo “la voz cotidiana, la que escuchaba todos los días”. Declaran los especialistas que lo primero que se olvida de alguien a quien hemos amado y perdido es el sonido de la voz. Pero Elena Díaz Santana mantiene intacto y latiente el pulso de la voz madre en su interior, íntimo y caliente como un tizón de fuego en el invierno –“La cadencia de tu voz/ será pavesa que aliente/ el alma huérfana” reconoce en el poema “La hora que nos pertenece”–; deseado con fuerza en el verso final del poema “Tengo tu voz”, en una de las dos únicas veces en que la tipografía exclamativa nos indica que el tono de la autora podría ser cercano al grito o a la súplica: “¡madre, que no me falte tu voz!”. Aunque el miedo se agazape escondido detrás del tiempo: “Cómo explicar/ el miedo a perderte/ el día que el aire/ olvide tu nombre” (“Nada permanece”), siempre se impone la seguridad de que en el corazón tiene más presencia Mnemosine que Leteo: “sé que mi alma/ custodiará por siempre la memoria de tu nombre/ donde nunca serás olvido”, leemos en el primer “Tu sola presencia”.

En el libro se acusa, sin embargo, la ausencia de la piel, ese sentido inmenso que nos comunica primaria y plenamente con el mundo, con su textura y también con

su temperatura. La piel es el órgano más grande y diseminado del cuerpo, relegado en nuestra amputadora cultura emocional, que lo arrincona transcurrida la infancia, pero que –tal vez por ello mismo– deja su huella profunda en un lenguaje que palpita por señalar su presencia necesaria y constante, aludiéndose así a experiencias y personas frías, ásperas, a emociones que tocan, a asuntos espinosos o resbaladizos, o a toques de atención, entre tantas otras expresiones. Quizá por ello, Elena escribe: “Tengo tu voz/ pero me falta tu piel/ el tacto que tanto/ me alimenta y me llena” o, como insiste, señalando la separación desde el sentir suave de la tibieza, en otro poema (“La hora que nos pertenece”): “terciopelo ensartado a tu piel dormida”. No sé si la hermosa voz lírica de nuestra poeta busca entre los versos rescatar ese tacto, “ese espacio que no lleno”, lo que sí es cierto es que, como expresa lúcida Menchu Gutiérrez, “a la poesía le crecen dedos”, y “esos dedos son capaces de recuperar una memoria perdida, incluso un apunte del tacto, un roce fugaz”.

Por eso, con el tacto, también la luz y el vuelo se instalan en el poema, y Elena canta hermosamente la presencia lumínica de la madre, pájaro de entrañable e intensa envergadura amorosa, que sigue cobijando a la hija cada día. Así, en el segundo texto titulado “Madre”, reconoce: “Soy ave/ buscando incansable/ el calor del nido.” A diferencia de ese otro “pájaro sin nido,/ poco lo alumbrará el sol” de Rosalía de Castro, cuando llora –también en verso– a su madre muerta, Elena Díaz Santana sigue siendo, además de ave, girasol irradiado por la luz cercana y maternal (“Retorno a ti”). También el poeta Luis Frayle utilizó recientemente y en parecido anhelo esta imagen en dos poemas de su obra *Silencios de la espera*.

Es esta una costumbre al tiempo íntima y externa, por lo que abarca todo el universo sensitivo mediante la visión deslumbrante (“Vuelvo cada día mi cuerpo hacia tu luz,“), el sonido cadencioso y eterno (“Escucho el canto de un pájaro de siglos”), el tacto limpio (“Mi corazón/ es piedra pulida por tus manos”) y, avanzando en el poemario, en el texto “La calle de ayer”, el olfato nostálgico (“La calle de mi infancia huele a ausencia”) que en “Nada permanece” servirá para dar forma a la conciencia de caducidad (“Hasta el olor de esta rosa/ callará para siempre”). A la vez, en una acertada apuesta lírica, se expresa la constatación de esa compañía perenne, reflejada en el uso de una de las metáforas más clásicas y bellas en la literatura espiritual: la de la luz.

Así, precisamente en “La hora que nos pertenece” se pregunta, quizás sin percibir que en la propia pregunta está la respuesta: “Qué hacer cuando las estrellas te adopten/ más que lanzar al aire la pregunta:/ dónde estás madre,/ dónde en esta hora tuya y mía/ que nos pertenece”. Escribirá Elena más adelante: “Serás la estrella/ que brille en mi cielo” (“Hacia el frío de la ausencia”), sabedora ya de que la luz del amor de quienes un día nos quisieron no se apagará nunca.

La imagen poderosa de la luz es acompañada, igualmente, en una dualidad de contrarios sólo aparente, por el símbolo de la noche, tan castellano, tan místico, tan visual y humano, que es retomado para hablar del dolor. En el poema “Se nos ha echado encima la noche” escribe la poeta, consciente del avance de esta sombra creciente e inevitable: “Se nos ha echado encima la noche,/ su oscuridad planea sobre mí,/ como ave que no sabe/ qué nido

habitar, ni qué árbol.” ¿Cómo habituarse al cese del arrullo si no es cayendo en un sueño que nos vuelva inconscientes ante dicha ausencia? Y, continúan los versos, intensamente musicales, con ese gerundio tan expresivamente alargado hacia el futuro: “Está llegando la noche”, que despliega ante el lector la extensión progresiva de una tristeza que, como un río lento y gris que lo empapa todo, invade de nuevo la piel que imperceptiblemente señala la ausencia: “se ha posado el tiempo,/ sin darnos cuenta,/ en tu piel y en tu memoria”. Ejemplo lírico perfecto de la conjunción entre el sentimiento, el ritmo y la palabra.

Junto a estas estampas vigorosamente comunicativas, la fuerza nominal y lírica de esta poeta grande, invoca en el poemario toda la vida natural que deposita leve a los pies de la madre amada. Igual que hiciera Dámaso Alonso en aquel poema hermosísimo y emocionante dedicado a su progenitora, vuelta en el verso niña y hermana, ante cuya mirada colocó todo un bosque con sus brillos, ramas, flores y animales, Elena, despliega también “[...] pétalos en el suelo que pisa,/ aroma el camino que transita de mi mano,/ pescadora soy de instantes junto a ella”. Poesía hecha, de este modo, hoja sobre la que puede caminar la memoria y, en su crujido, el pasado recuperar su imperecedera presencia.

El camino, las amapolas, el agua de la acequia, el valle “de verdes silencios”, y también el ciprés, árbol al que los latinos dieron el sobrenombre de “fúnebre” y que se ha mantenido, a la vez, como símbolo del duelo y de la inmortalidad, se extienden ante los ojos del lector como un tapiz vivo que dialoga con la remembranza y con la pérdida. De ese árbol enhiesto que hizo desear a Gerardo Diego el as-

censo y la disolución, escribe la poeta Elena Díaz Santana, en un logradísimo viaje visual –más allá de la mera transmutación de la calle-infancia en ciprés-cementerio– que quiere ser también vital y espiritual, y que va desde lo más hondo y profundo (“raíces”) a lo más excelso y elevado (“cielo”): “acoge mi tristeza,/ su abrazo me reconforta,/ solo él me prestará sus raíces/ para tocar el cielo/ y sentirme en casa,/ allí están todos/ los que vine a buscar.”

Y pájaros, muchos pájaros, todos los pájaros, símbolos del alma en todas las tradiciones espirituales, que cauterizan la tristeza con su canto o, en su mudez presente, la intensifican. No en vano todo el libro está escrito bajo el amparo de una cita de Esmeralda Sánchez Martín: “Las madres siempre son pájaros de luz/ que salvan al mundo”. Por ello, este campo semántico se desliza para entibiar la relación entre la madre y la hija, entre todos los seres amados y perdidos y quien los nombra, para que sigan latiendo y se logre evitar, así, su muerte definitiva. También José Luis Puerto, en su *Fulgor de madre*, creó para la madre muerta una “melodía rimada” en la que, después de confesar consciente: “Mi madre ha muerto/ Cuando el otoño acaba. Mi madre vive”, expresó su certeza de que: “Cantarán para ella los pardales”.

De este modo, en la poesía de Elena Díaz Santana incluso la noche planea como un ave que desconoce el nido y el árbol en que posarse (“Se nos ha echado encima la noche”), y en ese desconcierto oscuro se agazapa la esperanza que refulge acallada y levemente desapercibida en todos los poemas. A la vez, la madre es nido y la hija ave que se posa en él: “no será fácil soltar tus manos,/ desaprender el camino al regazo-nido de tu amor./ Tú sola presencia bas-

taba/ para sentirme atada al puerto de tu piel,/ yo, ave migratoria/ siempre buscando tu cielo,/ donde nunca faltaba la luz” (primer “Tu sola presencia”). Y también la madre es ave de alas grandes y protectoras que abiertas invitan al vuelo: “Me abriste tus alas/ para que me echara a volar”, escribe en “Retorno a ti”.

Y los gorriones y sus cómplices –como los llamara Andrés Trapiello– alondras y tórtolas, con toda su asociación amorosa, testimonian y hacen retumbar con su silencio ese alejamiento, al tiempo que la poeta, muy inteligentemente y ayudada del tópico manriqueño del *Ubi sunt*, hace volver la memoria del lector también hacia aquellos que se fueron: “Se han ido al silencio/ los gorriones que alimentabas,/ dónde la alondra con su canto,/ la tórtola y su arrullo,/ dónde los trinos que hacían del nido casa” leemos en “Camina hacia la luz”. Pero, antes, todos ellos, en bandada, han anidado en el corazón de la escritora, que los convoca –cual Sigfrido– por su nombre luminoso como integrantes permanentes de su vida de amor y felicidad: “Quiero devolverte el fulgor que diste a mi vida,/ cuidar de los pájaros que/ convocados por ti,/ en mi interior nacieron.” (primer “Tu sola presencia”).

Temática y estructuralmente el poemario muestra una coherencia de contenido que rara vez suele darse, lo que facilita el disfrute engarzado de los sucesivos poemas. Aun así, hermenéuticamente estamos ante un poema complejo pese a la sencillez del sentimiento –probablemente debido a que los sentimientos no son sencillos de interpretar–. La dualidad de los afectos volcados en estos versos hace, por otro lado, que cada una de las dos partes se refleje en la otra, como en un espejo, y que la reitera-

ción de emociones, ideas y títulos las entremezcle, a la vez que la evolución emocional de la voz poética sea imposible de recomponer. Si en apariencia la primera parte puede mostrarse más compacta, sensación producida por la mayor uniformidad temática y extensión de los poemas (tan solo “La calle de ayer” o “Por acoger tu cuerpo” parecerían alejarse mínimamente del resto, la segunda parte –más diversa en temas y modos de acercarse a la esencia temática de la obra– resulta, sin embargo, enriquecedora debido, por ejemplo, a la creciente intensidad con que la autora ha ordenado los poemas, o incluso a la sensación de continuidad al tratarse de una misma obra.

Hay entre ellos algún gesto de posible desdén hacia la vida (“En tu ausencia”) y hasta de pesimismo ante el avance de la muerte (“Mis manos de piedra”), aspecto este ya anunciado al inicio de este segundo bloque poético con la cita de Antonio Colinas que dice: “Y es que, esperando la muerte de los otros,/ esperamos un poco la muerte nuestra”. En ocasiones la constatación de la realidad nos ofrece versos como: “y dudas, dudas, dudas..”, escalofriante final de “Cada día amaneces” que evoca la pérdida de memoria anticipada ya en versos anteriores. Hay, también, escepticismo: “Dicen que solo el tiempo,/ sana el destierro/ de manos y cuerpos queridos,/ por siempre,/ perdidos”, o, en “Sin ti perdida”: Sé que cuando llegue la noche,/ una parte de mí se irá contigo,/ la otra vivirá para recordarte,/ sin ti, perdida”.

A veces, incluso, quizás surgido en ese contexto nuevo, los versos podrían delatar la necesidad de petición de una última gracia concedida: “Si te vas,/ dame tú las palabras consuelo/ y alienta mi corazón errante,/ ya por siempre a la

intemperie,/ fuera de tu ternura” (“Cómo decirte adiós”), o un último intento de mantener la comunicación: “Enséñame a vivir/ en tu mundo sin palabras” (“Sin palabras el mundo”).

Sin embargo, apenas remansadas las sensaciones provocadas por su lectura, como si el poemario hubiese pretendido coger aire para enfrentarse a la conclusión emocional de la vivencia y el viaje interiores de la voz poética, el lector se encuentra sumido de nuevo en la montaña rusa de emociones que los versos de Elena Díaz Santana saben generar. Porque junto a todo lo anterior, a lo largo de todo el poemario se ha podido vislumbrar una esperanzada lucidez que en los últimos poemas se apropia de la escritura asiendo fuertemente el timón del futuro: “Cuando te compartas con el aire,/ entre tanta soledad,/ entonces / dame tú razones para la vida”, leemos en “Enmudeció el silencio”.

Es entonces cuando sus versos dicen al lector que la voz poética sabe, entiende y comprende. Se evoca Mt 11,25, y se piensa en qué y a quién se hacen saber las cosas importantes de la vida. Si los elementos vertebradores del poemario (manos, voz, luz, aves) se habían extendido desde los primeros versos hasta el final del poemario, son ahora los destellos surgidos tras agónico diálogo de todos ellos con el dolor lacerante los que empiezan a iluminar el particular cielo de Salamanca de la poeta. Y aparece Unamuno como faro, y es entonces cuando todo cobra sentido y el lector asiste al involucramiento de todo el poemario en un único sentimiento y una sola certeza que cobra forma y voz en el título. Igual que el yin y el yang, *Nunca me fui de tu regazo* y *Tu presencia en mi alma* se abrazan cerrando un círculo y conforman unitariamente un todo en el que, si en

la primera parte es la voz poética la que reconoce no haber motivos para añorar lo ausente, es dicha ausencia la que en los segundos poemas se hace presente en la voz poética como bálsamo que confirma a su vez que todo está bien.

Desde esta perspectiva, todo el universo que rodea al sujeto lírico alienta la continuidad. En el poema ya citado “Caminas hacia la luz”, en un momento intensamente bello y tristísimo, la poeta le suplica a la madre que siga dejando caer migas de pan (en realidad migas de luz, como en los relatos antiguos y en los cuentos infantiles) para poder tener la evidencia en la noche del mundo de su sostenida presencia y de su guía. Desemboca de este modo el caudal de sentimientos de la poeta en una verdadera plegaria, pues no son sino esos los que quizás sean los versos más sublimes dentro de este hermoso libro: “Cuando sea la oscuridad, la noche, el frío,/ esparce migas de pan/ de tu alma a mi alma/ y sabré que en este mundo sin señales,/ sigue iluminando tu mano,/ como brasas, /mi universo”.

Esos guijarros resplandecientes, por otra parte, ya los había encontrado la escritora en un poema de la primera parte -en un diálogo mantenido con el aire- en todos los seres que respiran, y de manera significativa en el petirrojo, pájaro venturoso a quien Antonio Cabrera llamara “cascabel de noviembre/ sobre un almendro”, y que según la tradición popular lleva manchado su pecho con la sangre de Cristo pues, según la leyenda, cuando este estaba en la Cruz, el pajarillo intentó quitarle las espinas de la frente, una de las cuales se le clavó en el pecho. De aquí que esta alusión al petirrojo cobre aún más sentido, pues, asociado a lo mejor de la naturaleza, permanece en el mundo señalando la bondad de todo lo vivo. Igualmente la presen-

cia madre se posa en el ave como esta lo hace, a su vez, en la hoja del tilo, y le dice esperanzada a la poeta –en un texto de claros ecos luisianos y teresianos, “Por acoger tu cuerpo”– que sigue permanentemente acompañada: “Renaces en cada ser que respira,/ eres el petirrojo posado en la hoja del Til,/ el santuario vegetal donde mariposas y pájaros,/ la levedad de sus diminutos cuerpos pasean”.

Empezaba este pequeño prólogo recordando la dedicatoria de Jorge Luis Borges a su madre y la vinculaba, de este modo, al diálogo hermoso y lírico de Elena Díaz Santana con sus madres en esta obra. Si la poesía tiene una finalidad, seguramente esta sea servirnos, con su música y su palabra, para conjurar la oscuridad, como un cabo al que sujetarnos para evitar el hundimiento en el mar de la vida cuando esta se muestra desatada y bravía, cuando llega la noche y parece que no hay luces hacia las que dirigir nuestros ojos. *Nunca me fui de tu regazo* es, sin duda alguna, poesía esencial compuesta con aquello que es, desde siempre, el nudo de la poesía: el amor, la pérdida y la libertad del vuelo como bálsamo ante la vida. Nada más se requiere para que la poeta verdadera que es Elena Díaz Santana nos haya deleitado con sus versos, cristalización de emociones sencillas. Una sensación, un sentimiento y basta para que todo se desencadene y a borbotones fluya la lava del sentimiento que se solidifica en verdadera poesía. Sabíamos de su mirada, de su mundo exterior que era, en realidad, el nuestro. Ahora la poeta buena y verdadera que es Elena Díaz Santana nos ha mostrado lo que guardaba dentro de sí, allí donde el objetivo de su cámara no apuntaba nunca. Y todo lo que vemos es hermoso, a pesar de las gotas de lluvia en el cristal que, cuando el sol las haya secado, lo dejarán limpio para seguir viendo el cielo. Lo proclama ella

misma en los versos finales de “Hacia el frío de la ausencia”: “Celebrará mi corazón la primavera,/ empapado en tu ternura,/ cuando escampe la lluvia”.

Vuelvo, entonces, ahora a Borges. En un poema titulado “Elegía del recuerdo imposible” incluido en *La moneda de Hierro*, anhelaba el escritor argentino: “Qué no daría yo por la memoria/ de mi madre mirando la mañana”. Traigo aquí esta cita porque, después de leer *Nunca me fui de tu regazo* de Elena Díaz Santana, me doy cuenta que su madre en el poemario no hace otra cosa que mirar la claridad matinal, página tras página, poema tras poema, verso tras verso... Y esa ventana a través de la que lo hace son los ojos de la poeta-hija, son sus recuerdos y, sobre todo, es su poesía. La escritura, como defiende Millás, “abre y cauteriza al mismo tiempo las heridas”. Por ello, este libro, profundo, tembloroso, bellísimo, emotivo, musical y luminoso, permite, junto a la expresión inevitable del dolor, la palpitación íntima y eterna de la presencia madre, como bien sabe y canta Elena Díaz Santana, consciente de este regalo único al terminar el libro: “Vibras en mí,/ como dádiva que custodia,/ los entrañados latidos/ de tu corazón.”

Permanezca, entonces, este don sagrado como una bendición en ella para siempre.